

3990 PASTOR SAMUEL RIVERA
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL REY EZEQUÍAS
MIÉRCOLES 9 DE SEPTIEMBRE, 2026



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana
GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206
Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10
www.vidacristiana.org.gt/info@vidacristiana.org.gt

3990 PASTOR SAMUEL RIVERA
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL REY EZEQUÍAS
MIÉRCOLES 9 DE SEPTIEMBRE, 2026

Amén. Gracias, Jesús. Te alabamos, Señor. Gracias, Jesús. Gracias, Padre Santo. Gracias, Jesús. Amén.

Pueden sentarse y vamos a continuar con nuestro estudio bíblico en el capítulo 38. Vamos a seguir hoy del libro de Isaías y la meta es hacer el 38 y el 39. Amén. Veremos qué dice el Señor, pero vamos a hacer un pequeño contexto. Pues vamos a agarrar el contexto y vamos a hacer una introducción para que todos nos pongamos en la historia otra vez si se les han olvidado los detalles. Pero la verdad que estudiar la vida del rey Ezequías, ¿se recuerdan, verdad?, nos ha bendecido a todos. Yo creo que es una de las historias de los reyes que más nos tocan, ¿verdad?, porque podemos relacionarnos a un ejemplo que quisiéramos seguir, pues, ¿verdad?: un rey que se humilló delante del Señor; que hizo lo bueno; no fue como los otros reyes, ¿verdad?, y de verdad su corazón estaba en buscar al Señor.

Entonces, pues, la vida de Ezequías nos enseña bastante. Pero la semana pasada, si se recuerdan bien, estudiamos el capítulo 37. ¿Se recuerdan que Ezequías estaba lidiando con muchas cosas en su mente a causa del rey de Asiria, verdad?, cuando vinieron a prácticamente amenazarlo, ¿verdad?, y vino todas estas tormentas o esta presión sobre él. Y estudiamos cómo respondió el rey Ezequías, y de verdad que es un ejemplo para nosotros. En vez de vociferar, en vez de tratar de redimir la situación o de hacer cualquier otro tipo de esfuerzo, ¿recuerdan que estudiamos cómo él calló, verdad? O sea, él no respondió y llevó esas cartas delante del Señor, y dejó la situación en las manos del Señor. Y a mí me tocaba mucho eso, porque ¿cuántas cosas nosotros no hemos podido llevar al Señor porque tratamos o intentamos nosotros resolverlo y no hemos visto la mano de Dios porque realmente hemos visto solo nuestra propia mano en la situación? Y Dios nos da la oportunidad de mostrar su poder, mostrar su nombre, mostrar su naturaleza, y nosotros, por tratar de arreglar la situación a nuestras fuerzas, a nuestra manera, pues perdemos esa oportunidad. Y estudiamos cómo el rey Ezequías realmente tomó una buena decisión, ¿verdad?: buscó al Señor, se humilló delante de Él, y luego vemos cómo Dios redimió la situación, ¿verdad?, de una manera milagrosa. ¿Se recuerdan que el rey de Asiria tenía que ir a otro lado de repente, verdad?, y se fue completamente a otro lugar. Y la situación que parecía ser como el fin, ¿verdad?, para ellos, el Señor la resolvió rápidamente. Amén.

Y esa es una de las cosas que a mí más me sorprende. De verdad que uno se complica en la mente de tratar de resolver una situación y encontrarle todos los detalles, ¿verdad?: «Y voy a hacer esto, y luego va a pasar esto, y después esto y esto», y la manera que Dios resuelve las cosas, si nos humillamos y si solo lo dejamos delante de Él, es no solo una cosa tan fácil, sino que de verdad es tan sencilla, tan simple, ¿verdad?, porque todas las complicaciones nos las hacemos en nuestra mente. Esta es una batalla mental. Así que, bueno, el rey Ezequías en el capítulo 37 nos dio esa lección.

Y luego vimos que... a ver, este versículo que leímos la semana pasada, el pastor Carlos nos leyó el primer versículo del capítulo 38, ¿verdad? Leámoslo y veamos qué vamos a estudiar el día de hoy. Bueno, no olvidemos que lo dijimos al principio, pero el rey Ezequías viene siendo un ejemplo de hacer las cosas bien, ¿verdad? Es un rey que de verdad nos da un ejemplo tremendo. ¿Se recuerdan que buscó a Dios no solo esta ocasión, sino antes, y derribó la idolatría? Restauró todo; por ejemplo, despertó a los levitas, volvieron a celebrar la Pascua, ¿se recuerdan esa lección hace dos semanas?, todas estas cosas buenas. Pero como dijo el pastor Carlos la semana pasada, Dios sabía que el rey Ezequías tenía un problema que a lo mejor él no estaba consciente de ese problema, y Dios sabía que con la situación indicada y perfecta eso iba a brotar de su corazón, así como con Job. ¿Se recuerdan? Job era perfecto, apartado del mal y a su nivel totalmente ya no podía crecer conscientemente más, porque él estaba haciendo las cosas bien. Pero Dios sabía, y realmente Dios es el único que puede ver las profundidades de nuestro corazón y de nuestra voluntad, hermanos. Porque muchas veces nosotros pensamos que ya no necesitamos perfección en algunas áreas de nuestra vida; decimos: «Bueno, esto ya está, ¿verdad?, y esto ya terminó, esta etapa ya terminó», pero Dios ve mucho más allá y ve las profundidades de nuestra voluntad, y por la misericordia del Señor Él nos lleva a una situación donde eso brota y donde ese botón es, ¿verdad? Pues a Ezequías le pasó.

Isaías capítulo 38, versículo 1. Leamos el primer versículo y dice: «En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás». Amén. Y esto para el rey Ezequías fue... imagínense, dice que en aquellos días, es decir que no había pasado mucho tiempo de aquella victoria o de aquella situación siendo resuelta por Dios, imagínense. Yo me imagino, o sea, en mi caso, yo me imagino que él se frustró después de tener tan grande testimonio, ¿verdad?, que Dios obró en su vida, Dios los libertó de una gran amenaza de los asirios y ahora viene una situación interna, ¿verdad?, una enfermedad. Y no es cualquier enfermedad, sino que dice que está enfermo de muerte. Amén.

Miremos algo bien interesante. Esta noche vamos a usar muchos dedos de nuestra mano, pero vamos a usar los mismos. Hay dos porciones de la Biblia, aparte de Isaías 38, que vamos a leer en paralelo bastante. Así que si pueden dejar un lapicero o un lápiz en una de estas porciones, les va a facilitar el estudio. Vamos a Segunda de Crónicas, capítulo 32. Segunda de Crónicas, capítulo 32. Aquí también nos dan otros tipos de detalles de esta historia, y leamos desde el versículo 21. Segunda de Crónicas 32:21 dice: «Y Jehová envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de Asiria. Este se volvió, por tanto, avergonzado a su tierra; y entrando en el templo de su dios, allí lo mataron a espada sus propios hijos». ¿Se recuerdan que esta fue la manera que Dios los libertó de este rey?: una manera milagrosa. Ni siquiera esto estaba agendado, por así decirlo, para este rey de Asiria, pero para Dios sí.

Versículo 22: «Así salvó Jehová a Ezequías y a los moradores de Jerusalén de las manos de Senaquerib rey de Asiria, y de las manos de todos; y les dio reposo por todos lados». En otras palabras, después de esta situación, ellos tuvieron paz. Imagínense: después de vivir

tal presión, Dios no solo los libró de esa, sino que les dio paz alrededor. En estos días de paz fue que el rey Ezequías se enfermó. Entonces podemos entender más la frustración de Ezequías, ¿verdad?

Versículo 23: «Y muchos trajeron a Jerusalén ofrenda a Jehová, y ricos presentes a Ezequías rey de Judá; y fue muy engrandecido delante de todas las naciones después de esto». Esto es bien importante, porque este detalle le suma a la historia, ¿verdad? Estamos entendiendo que Ezequías no solo tuvo la victoria del rey de Asiria y paz, sino que mucha gente le empezó a dar riquezas y presentes y regalos; y quiera que no, esto hizo que él se engrandeciera por dentro. Había una raíz de orgullo creciendo poco a poco, poco a poco. Y Dios sabía, amén, Dios sabía que eso tarde o temprano iba a salir. Pero ¿se dan cuenta que a los ojos del rey Ezequías, él vivía en paz, vivía en plenitud, pero por dentro Dios sabía que su orgullo se estaba engrandeciendo y Dios quería librarlo de ese orgullo? Amén. Sigamos leyendo.

Dice versículo 24: «En aquel tiempo Ezequías enfermó de muerte, y oró a Jehová, quien le respondió, y le dio una señal». Ahora dejémoslo ahí y regresemos a Isaías. Por eso les digo que vamos a ir vuelta y venida, ¿okay? Isaías 38, versículo 1. Leamos otra vez: «En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared, e hizo oración a Jehová, y dijo: Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro».

Ahora, hermanos, esto ¿a qué les suena a ustedes? ¿Les suena a una oración de victoria? ¿Les suena a una oración de santificar el nombre del Señor como hizo la primera vez?

¿Recuerdan que cuando él leyó las cartas delante de la presencia de Dios, las cartas del rey de Asiria, él santificó su nombre? Amén. Él no le presentó, por así decirlo, solo su angustia, sino que él santificó el nombre primero. En esta ocasión Ezequías está con miedo, ¿verdad? Él está angustiado y lo primero que sale de su corazón es: «Señor, pero si yo te he servido, si yo he hecho las cosas bien, si yo me porté bien teniendo la oportunidad tal vez de hacer lo malo; yo lo he hecho bien». Y dice que lloró con gran lloro. Realmente vemos que estas lágrimas... obviamente Ezequías está pidiendo ayuda delante del Señor y eso es algo bueno. Pero cuando Dios ve más profundo de nuestro corazón, Él ve las intenciones y ve si nuestras lágrimas son realmente de queja o de gratitud o de rendición.

Muchas veces nos confundimos nosotros mismos porque decimos: «Pero si yo estoy orando al Señor y yo estoy buscándole». En realidad, muchas veces puede ser que estamos tratando de sentir conmisericordia y un «pobrecito de mí» en el cuarto de oración, y nuestras oraciones, en vez de decir: «Señor, tú eres santo, tú eres justo, redime la situación como tú quieras, yo me rindo a ti»; en vez de estar orando de esa manera, estamos diciendo: «¿Pero por qué a mí, verdad? ¿Por qué en este tiempo? ¿Por qué me vino esta cosa si yo estaba buscando del Señor, si yo lo estaba amando, si yo te estoy amando? ¿No debería ser la situación totalmente contraria? ¿Por qué estás enojado conmigo si te he hecho bien?». En otras palabras, ¿saben lo que Ezequías le estaba diciendo al Señor? Le estaba diciendo:

«¿Esto es así como tú me pagas?». O sea, no lo decimos así, ¿verdad?, pero subliminalmente decimos: «Pero yo me merezco un salario de lo que yo he trabajado y he hecho las cosas bien; pues yo me merezco una buena recompensa, ¿y dónde está, verdad?».

Ahora, veamos. Vamos a Segunda de Reyes. Esta es la tercera porción de la Biblia que vamos a estar leyendo. Segunda de Reyes, capítulo 20. Miren: la enfermedad del rey Ezequías dice la Biblia que era una úlcera, una llaga. No se sabe bien qué específicamente era, pero él enfermó a los treinta y nueve años. Guárdense eso en la mente porque después lo vamos a estudiar. Pero a los treinta y nueve años se enfermó. Segunda de Reyes 20, y leamos desde el versículo 3: «Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro. Y antes que Isaías saliese hasta la mitad del patio, vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años, y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y ampararé esta ciudad por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo».

Hasta ahí. Bueno, miramos que el Señor le respondió muy rápido, ¿verdad? O sea, la situación que era tan angustiante, otra vez imagínense nosotros pensando que es el fin de nuestra vida, ¿verdad?, y que no hay una solución para esto, y Dios, cuando realmente Él interviene, es algo tan rápido, tan simple. Amén. Es su poder. Amén.

Ahora, a ver, les quiero ubicar así en orden con las porciones de la Biblia para que tengan el cuadro correcto. A ver, déjenme ver. Bueno, una cosa antes que pasemos a lo siguiente: ¿se dan cuenta de que Dios dijo: «Lo haré por amor a mí mismo, verdad, y lo haré por amor a David, mi siervo»? El pastor Carlos nos enseñó la semana pasada cuántas veces el Señor nos dice: «Por amor a mi nombre haré esto y lo otro», y lo compartíamos en el desayuno de hombres la vez pasada, que Dios se involucra a lo largo de la Biblia por amor de su nombre, para darse a conocer a su pueblo Israel y a las demás tierras. Y hace unas obras y unos milagros tan increíbles, pero no por amor tanto a la gente, por así decirlo, sino por amor a Él, a lo que Él se está dando a conocer como Libertador, como Salvador, como Sanador. Amén.

Y muchas veces nosotros, en vez de santificar ese nombre que Dios quiere santificar, nosotros estamos quejándonos, no dándonos cuenta de que era una oportunidad para que Dios se diera a conocer como Sanador, como Libertador, como Salvador. Y les decía en el desayuno de hombres la vez pasada que imagínense esto: Dios tiene celo por su nombre. Dios no va a dejar que nosotros profanemos su nombre. Si hay una manera que el Señor se quiere dar a conocer a nuestra vida y nosotros no cooperamos, Dios se va a dar a conocer de alguna manera u otra como Sanador, como Libertador, como Salvador. Amén. Pero de nosotros está la oportunidad de santificarlo, de hacernos a un lado y decir: «Señor, si tú te quieres dar a conocer aquí como el que tú eres, como el que tú quisieras ser, como cuando tú quieres ser, verdad, Señor, hazlo». Hubiera sido muy diferente que el rey Ezequías hubiera

dicho: «Señor, okay, tú dices que mi vida va a terminar y que arregle mi casa; bueno, bendito sea tu nombre, si tú quieres darte a conocer de esta manera y mi reino termina».

Imagínense: treinta y nueve años, estaba rejoyen, ¿verdad?, muy joven. Imagínense, el Señor esperaba de Ezequías una actitud humilde. Pero ahora que el rey Ezequías está de este lado de la voluntad de Dios, el Señor no va a dejar de darse a conocer, amén, de dar a conocer su nombre en esta situación.

Me parece algo tan increíble, porque si tan solo nosotros, hermanos, en las situaciones que estemos viviendo solo santificamos el nombre del Señor, no solo podemos llegarlo a conocer como Él se quiere dar a conocer, sino que también lo damos a conocer a Él a los demás.

¿Cuántas personas alrededor nuestro no pudieran haber conocido al Señor de manera nueva, de manera fresca, si tan solo nosotros nos hubiéramos humillado en vez de quejarnos y buscar nuestra propia voluntad, si solo hubiéramos santificado su nombre? Amén.

Bueno, el Señor sanó a Ezequías. Y otra cosa que me parece interesante: ¿se dan cuenta ahí en lo que leímos? Dijo el Señor: «Al tercer día subirás a la casa de Jehová», ¿verdad?

Ezequías tenía mucho, mucho anhelo de regresar a la casa del Señor y alabar su nombre, ¿verdad? Seguramente esta enfermedad lo tenía tendido en la cama, o sea, seguramente no podía salir de su cuarto, pues era una llaga.

Y vayamos a Isaías. Leamos de Isaías 38, versículo 5: «Ve y di a Ezequías: Jehová Dios de David tu padre dice así: He oído tu oración, y visto tus lágrimas; he aquí que yo añadido a tus días quince años. Y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé. Y esto te será señal de parte de Jehová, que Jehová hará esto que ha dicho: He aquí yo haré volver la sombra por los grados que ha descendido con el sol, en el reloj de Acaz, diez grados atrás. Y volvió el sol diez grados atrás, por los cuales había ya descendido».

Ahora, eso a mí, cuando lo leí, dije: «¡Guau, qué increíble que el Señor haya escogido esta señal para que Ezequías estuviera tranquilo, verdad!». Pero esos detalles están en la porción de Segunda de Reyes. Si ustedes leen en Segunda de Reyes, capítulo 20, versículo 8, se dan cuenta de que Ezequías es el que pide la señal al Señor y le dice: «Y Ezequías había dicho a Isaías: ¿Qué señal tendré de que Jehová me sanará, y que subiré a la casa de Jehová al tercer día?». O sea, hermanos, ¿no Dios le había dicho ya que al tercer día iba a subir sí o sí? Pero vemos que Ezequías no está tranquilo, él sigue. Miren, esto es increíble, porque yo me miro a mí mismo y ustedes seguramente se están viendo a ustedes. Pero ¿cuántas veces el Señor nos dice, imagínense en esta posición: «Te voy a sanar, verdad, voy a redimir esta situación, la voy a resolver de esta manera, te voy a ayudar»? Y como nosotros no miramos que las cosas están pasando, ¿verdad?, y que van pasando los días, uno empieza a dudar y uno dice: «No, no, no, yo necesito una señal; va a pasar sí o no, ¿verdad?, ¿y de qué manera? Yo quiero saber, yo quiero tener una seguridad», hermanos, en vez de confiar en la palabra del Señor. Nosotros buscamos una señal.

Ese es Ezequías, el que pide una señal grande. Pero miren, dice el versículo 9, Segunda de Reyes 20:9: «Respondió Isaías: Esta señal tendrás de Jehová, de que hará Jehová esto que ha

dicho...» —o sea, ya lo había dicho, ¿verdad?, pero aquí está la señal, ¿verdad?— «...¿Avanzará la sombra diez grados, o retrocederá diez grados?». Están hablando de un reloj de sol y ustedes saben que cuando va avanzando el día va cambiando la sombra, ¿verdad? Así funciona. Pues le dijeron al rey Ezequías: «¿Qué señal quieres, que avance la sombra o que retroceda?». Y ustedes pueden pensar: «Bueno, si avanza, ¿verdad?, uno no lo mira tan increíble como si retrocede la sombra; o sea, eso es volver, ¿verdad?». Dice: «Y Ezequías respondió: Fácil cosa es que la sombra decline diez grados; pero no que la sombra vuelva atrás diez grados. Entonces el profeta Isaías clamó a Jehová; e hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acáz, diez grados atrás».

Hasta ahí. Hermanos, Ezequías no solo pide una señal: él pide una gran señal, o sea, que sea algo imposible, ¿verdad?, algo científicamente imposible. Y le dice: «No, yo quiero... si tú de verdad me vas a sanar y si de verdad voy a volver a tu casa, yo quiero que esto... o sea, que cambie la física y que cambie absolutamente todo, y yo quiero ver una gran señal. No quiero ver una cosa... o sea, una fácil cosa, no, no; yo quiero lo grande». ¿Ven esa raíz de orgullo creciendo en el rey, verdad? ¿Y cuántas raíces tenemos en nuestro corazón que así van, cuando el Señor nos ha pedido que confiemos en Él, que lo santifiquemos? Pero nosotros confiamos más en señales, y no en señales que el Señor nos dice: «Yo estoy contigo», no, no, no: «Yo necesito ver los cielos abiertos y que venga alguien...». O sea, así es el corazón humano, ¿verdad? Amén.

Bueno, regresemos a Isaías 38. Ahora pongan un asterisco ahí, ¿verdad?, de esta gran señal. Porque, hermanos, les voy a preguntar: ¿esta señal afectaba solo al rey Ezequías? ¿Afectaba solo a Israel? No, afectaba a todo el mundo. O sea, era una cosa que todo el mundo iba a ver; no era una cosa que solo el rey Ezequías iba a ver, tal vez un sueño y va a decir: «Bueno, Dios está conmigo, Dios lo va a hacer». ¡No! Esto era una situación que absolutamente todos... imagínense si nosotros vamos por el día a día y vemos que el sol retrocede, decimos: «Algo está pasando, ¿verdad?». A todos nos sorprendería, ¿no? Pónganle ahí un asterisco en sus cuadernos.

Regresemos a Isaías 38 y vayamos al versículo 9, porque dice: «Escritura de Ezequías rey de Judá, de cuando enfermó y sanó de su enfermedad». Y este es un pequeño salmo, si lo quieren ver así, que el rey Ezequías escribió. Miren, realmente nadie sabe con exactitud cuánto duró la enfermedad del rey Ezequías. Pudo haber sido semanas, días, meses, años; lo único que sabemos es que desde que el profeta le habla y él es sanado, él pide regresar a la casa de Dios y son tres días. Pero pudo haber pasado cualquier espacio de tiempo de enfermedad previo, ¿me entienden? Así que este salmo pudo haber sido escrito mucho antes y la mitad después, ya lo van a ver.

Versículo 10 dice, este es el salmo: «Yo dije: A la mitad de mis días iré a las puertas del Seol; privado soy del resto de mis años». ¿Se recuerdan que Ezequías tenía treinta y nueve? Y realmente dice: «Privado soy del resto de mis años». O sea, ¿cuántos años pensaba Ezequías que iba a vivir? Nadie le había dicho, pero él tenía una imagen de cómo iba a ser su vida en el futuro. Él había hecho las cosas bien, había sido un buen rey, había agradado al Señor; tenía

el favor no solo de su pueblo, sino que el resto de naciones ahora le traían presentes; el rey de Asiria ya no pudo contra él. Imagínense todo esto, dijo: «Bueno, si yo tengo treinta y nueve, con esto lo logré a los treinta y nueve y todavía me falta el resto de mi vida», ¿me entienden? Tenía una imagen de lo que iba a ser su vida en el futuro. ¿Y cuántas veces el Señor no ve estas imágenes de nosotros y dice: «¿Verdad? Te la voy a mostrar, voy a mostrar tu voluntad»?

Versículo 11: «Dije: No veré a JAH, a JAH en la tierra de los vivientes; ya no veré más hombre con los moradores del mundo. Mi morada ha sido movida y traspasada de mí, como tienda de pastor. Como tejedor corté mi vida; me cortará con la enfermedad; me consumirá entre el día y la noche». Ezequías realmente estaba, por así decirlo, estaba aferrado, estaba muy aferrado a su vida, hermanos. Tenía un gran temor a morir porque él, pues uno entiende, estaba joven. Pero cuando uno ve esta clase de aprensión a la vida, porque yo lo puedo ver como un espejo aquí, ¿verdad?, es porque uno está aferrado a este mundo demasiado. Y tal vez no solo a este mundo, sino a la idea de cómo debería ser nuestra vida, ¿verdad? Y el Señor a veces nos cambia absolutamente todo, nos mueve el tapete, ¿verdad, como decimos? ¿Y qué hacemos? ¿Qué pasa cuando Dios destruye nuestros ídolos, nuestras imágenes? Se nos viene abajo todo, ¿verdad? Pero el Señor está intentando perfeccionarnos aún más. Él sabe lo que necesitamos para no solo evidenciar la clase de falsas imágenes que nos hemos hecho, sino también para librarnos de ellas.

Hermanos, miren: seguramente a ustedes también les ha pasado, pero quince años le añadieron al rey Ezequías, ¿verdad? Eso fue lo que el Señor le añadió: quince años. Seguramente ustedes pueden ir atrás en sus vidas quince años y ustedes no imaginaban estar el día de hoy donde están, cómo están, al lado de las personas con las que están sentados, tal vez. O sea, uno no sabe lo que depara el futuro; Dios tiene el control de nuestra vida. Pero, hermanos, estamos tan aferrados a tener nosotros el control de decidir absolutamente todo y que no se nos mueva un detalle de nuestros planes, ¿verdad?, porque se nos desmorona absolutamente todo; es porque tenemos un ídolo y somos nosotros mismos. Amén.

GUATEMALA

Decía, vamos a ver, versículo 13: «Contaba yo hasta la mañana. Como un león molió todos mis huesos; de la mañana a la noche me acabarás. Como la grulla y como la golondrina me quejaba; gemía como la paloma; alzaba en alto mis ojos: Jehová, violencia padezco; fortaléceme». La grulla... cómo gime la grulla o el sonido que hace una grulla, lo investigué y es un sonido melancólico, es como que está padeciendo dolor. Imagínense a Ezequías, de verdad yo pienso que él estaba padeciendo más por el temor a morir que por el dolor mismo de su enfermedad. Y no estaba muerto, pero él ya por dentro estaba diciendo: «Estoy padeciendo la muerte», pero él todavía no estaba muerto. Amén.

Dice el versículo 15: «¿Qué diré? El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho. Andaré humildemente todos mis años, a causa de aquella amargura de mi alma». Aquí viene el cambio, ¿verdad? Y como vemos en muchos salmos, nosotros nos identificamos con la parte donde vemos las quejas y vemos todo el dolor. Pero, hermanos, tenemos el testimonio del

rey David, de los salmistas, del rey Ezequías, de que está bien, nos quejamos todos, nos sentimos como que si se nos está acabando el mundo, sentimos que se nos está desmoronando absolutamente todo; está bien si doblamos nuestras rodillas, porque entonces esas quejas van a darnos el impulso de decir: «Señor, perdóname, me arrepiento de todo esto y ahora santifico tu nombre». Pero, hermanos, si solo nos pasamos quejando y sintiendo lástima por nosotros mismos, no hay un cambio; siempre es nuestro salmo algo melancólico y no es una alabanza al Señor.

Miren cuántas situaciones... tal vez uno piensa que al quejarse y al lamentarse la situación va a cambiar. Yo he estado ahí y uno dice como que tal vez el Señor se apiade de mí si lloro un poco más, ¿verdad? Y tal vez si le digo a alguien más, tal vez le puedo decir al pastor y tal vez pasa algo y él ora por mí y cambian las cosas. ¿Saben qué quiere el Señor? Que a pesar de que la situación no cambie, que nosotros por dentro cambiemos; que nuestro gozo y nuestra alabanza siempre esté en nuestra boca a pesar de que si seguimos enfermos o estamos sanos. Amén. El Señor está buscando este cambio interno, el Señor está buscando ese perfeccionamiento dentro de nuestro corazón. Amén. Porque la situación... miren, es increíble, pero cuando uno realmente tiene un cambio por dentro, la situación deja de ser tan importante allá afuera, ¿verdad?, pierde el valor; uno encuentra el gozo, uno encuentra la paz. Amén.

Pero si uno está pensando solo en lo de afuera, en lo de afuera, ¿y cómo se resuelve esta situación? Me hace recordar a Jesús en la barca con sus discípulos, ¿verdad? Ellos estaban tan angustiados por la tormenta, por los vientos, por el mar, y Jesús estaba dormido; Él estaba tranquilísimo. Porque el Señor... imagínense, lo hemos dicho tantas veces, ¿verdad?, pero para Dios una tormenta, un viento, una enfermedad, una situación complicada, ¿es algo imposible para Él? No, es algo fácil de resolver. Pero nuestro corazón, nuestro orgullo, nuestra dependencia de nosotros mismos, nuestras aprensiones, esas sí necesitan morir, amén, y se resisten.

Bueno, el rey Ezequías dice: «El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho». O sea, si Él dijo que me iba a sanar, lo va a hacer. ¿Ven esa confianza, verdad? Ya cambió. Y dice: «Oh Señor, por todas estas cosas los hombres vivirán, y en todas ellas está la vida de mi espíritu; pues tú me restablecerás, y harás que viva». Por todas estas cosas o por tus promesas, amén. «He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados».

¿Se recuerdan este principio, verdad, de las espaldas de Dios? Cómo están sus doce nombres que le reveló a Moisés: su nombre de perdonador, de misericordioso, de poderoso, de tardo para la ira y grande en misericordia y verdad. Amén. Pero conocer esos doce nombres tiene un precio, y el precio es experimentarlos. Si Él es perdonador de pecados, ¡qué bueno!, porque yo soy pecador. Amén. Si Él es misericordioso, ¡qué bueno!, porque yo necesito que Él tenga misericordia de mí. Amén. Pero necesito estar en esa posición humilde, amén, para reconocer que Él es poderoso y yo débil, o que Él es tardo para la ira y yo tengo el tiempo para arrepentirme, para pedir perdón, ¿me doy a entender?

Ezequías necesitaba conocer un poco más de los nombres del Señor o de su naturaleza en esta situación. Si él tan solo se humillaba e iba, por así decirlo, a las profundidades del mar de la angustia, de la aflicción, él iba a conocer más de sus nombres. Amén. Y eso era lo que el Señor quería: que lo conociera más. Hermanos, estamos tan temerosos, miedosos, ¿verdad?, y lo digo porque me pongo a mí primero, porque me veo tan claramente que estamos viendo al abismo de la situación y decimos: «No, esto me da miedo, me da temor, yo no quiero avanzar. ¿Qué va a ser de mi vida? ¿Y qué tal si pasa esto? ¿Y si esta enfermedad me lleva a la muerte o si esta situación no se resuelve?». Hermanos, pero si pasamos detrás de ese velo del temor a confianza, veremos que detrás de eso siempre estuvo Dios con una nueva revelación de su nombre; detrás de esa oscuridad que aparentemente era el abismo, realmente era una oscuridad que lo rodeaba a Él. Amén. ¿Recuerdan que Dios se rodea de oscuridad? Pero si tan solo somos fieles de decir: «Señor, yo estoy en tus manos, bendigo tu nombre; sea que si tú quieres que mi vida acabe de esta manera o que sea de esta otra, yo me rindo a ti, yo confío en ti», entonces Dios va a revelar más de su nombre, amén, en nuestras vidas.

Versículo 18 dice: «Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos». Y esto es un principio lindo, porque Ezequías, aparte de haberse quejado, haberse después humillado, ¿verdad?, y reconocido al Señor, ahora dice esto de que en la muerte ya no hay oportunidad para alabar al Señor. Y cuánta razón tiene, hermanos, porque en la vida es donde nosotros tenemos la oportunidad que Dios diseñó desde antes que viniéramos a la vida para que lo conociéramos, para que lo siguiéramos, para que lo santificáramos, amén. En esta vida tenemos la oportunidad; en la muerte ya no hay dolor, se acabaron las oportunidades, se acabó el chance, por así decirlo, como decimos, de alabar al Señor en medio del dolor, en medio de la enfermedad. Un día la enfermedad ya no va a estar, la situación complicada se va a acabar, y la oportunidad de bendecir al Señor también. Amén.

Creo que anda por aquí... no, Segunda de Corintios 6, si ustedes van ahí después, dice: «El tiempo es ahora; el tiempo aceptable para la salvación es ahora», como Dios dándole el valor al ahora. Hermanos, si nosotros tenemos el deseo, el anhelo de buscarlo ahora, aprovechémoslo, porque mañana no sabemos. Muchas veces procrastinamos, ¿verdad?, y eso es algo que definitivamente todos hemos sido culpables y hemos dicho: «Voy a buscar al Señor más tiempo hoy, voy a leer más su Palabra hoy; no, pero lo voy a hacer mañana porque hoy tengo que terminar algo del trabajo y mañana voy a hacer tiempo, ¿verdad? Voy a encerrarme en mi cuarto, voy a poner todo perfecto para buscar al Señor, mañana lo voy a hacer». Llega el día de mañana y no solo la situación cambió, sino que el deseo, el impulso, ya no está. ¿Saben por qué? Porque Dios nos da el deseo de querer buscarlo.

¿Quieren leerlo? Segunda de Corintios 6, versículo 2 dice: «Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación». Cuando Dios pone en nuestro corazón un deseo de querer buscarlo, de querer humillarnos, de querer hacer algo... por ejemplo, el Señor lo puso en

nuestro corazón, ¿verdad? El tiempo es ahora, hermanos; no es mañana, no es después, ¿verdad?, cuando tal vez la situación va a ser más aceptable, no. Aquí dice que el tiempo aceptable es ahora. Si Dios nos pone un deseo de querer buscarlo, de querer aprovechar esa oportunidad para alabarlo, para bendecirlo, es porque Él sabe que la situación es indicada para hacerlo. Amén. No es como nosotros pensamos que debería ser: es en el tiempo que el Señor nos lo pone en nuestro corazón o en nuestra vida. Si la oportunidad es ahorita de buscarlo, de bendecirlo, a pesar de que estamos como el rey Ezequías, enfermos de muerte o lo que sea que nos está rodeando, el tiempo aceptable es ahora. Amén.

La procrastinación realmente es orgullo de decir: «No, ahorita no; yo voy a decidir cuándo, yo voy a darle forma a este deseo». Hermanos, ¡cuántas cosas nos hemos perdido por intentar imponer nuestra forma! Amén. Y el Espíritu Santo redarguyéndonos, el Espíritu Santo convenciéndonos no solo de pecado, sino también llevándonos a revelación de su Palabra, y nosotros diciendo: «No, no, no; yo voy a decir cuándo». No, hermanos, el tiempo es ahora. Amén.

Isaías 38:20 dice: «Jehová me salvará; por tanto cantaremos nuestros cánticos en la casa de Jehová todos los días de nuestra vida. Y había dicho Isaías: Tomen masa de higos, y pónganla en la llaga, y sanará. Había asimismo dicho Ezequías: ¿Qué señal tendré de que subiré a la casa de Jehová?». Esto ya lo sabemos: ¿cuál era la señal? Pero resulta interesante que Isaías le pone una masa de higos; los higos no lo sanaron, hermanos, ¿verdad? Lo que sanó al rey Ezequías fue el Señor. Esa masa de higos tal vez pudo haber sido para purificar la llaga, para limpiarla, qué sé yo, ¿verdad? Pero ¿se recuerdan que los higos representan sinceridad? Y el Señor tal vez miraba un tipo de falta de sinceridad en Ezequías, porque Él sabía que se había engrandecido en su corazón, pero no lo había expresado. Ezequías tenía una raíz que no había sido sincera delante del Señor. Si él solo se hubiera humillado y haber dicho: «Señor, perdóname, ¿verdad?, veo en mí mucho orgullo en querer haber redimido la situación; me humillo, que se haga como tú quieras», el Señor hubiera hecho las cosas en él de manera más grande aún. Amén. Pero le faltaba la sinceridad. Amén, amén.

Ahora vayamos a Segunda de Crónicas. Aquí vamos a ver algo bien interesante. Segunda de Crónicas 32, versículo 31... pero espérense, antes de eso mejor leamos Isaías 39, ¿okay?, porque aquí vamos a darle el orden correcto. Bueno, el Señor sanó al rey Ezequías, amén, él volvió a la casa de Jehová. Pero ¿se recuerdan que le pusimos un asterisco a las cosas que él pidió, verdad? El rey Ezequías pidió una gran señal. Miren lo que pasó en el capítulo 39:

«En aquel tiempo Merodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías; porque supo que había estado enfermo, y que había convalecido». Esto para el rey Ezequías fue como que: «Alguien se interesó por mí, ¿verdad? ¡Guau, qué importante fui porque el rey de Babilonia se preocupó de que yo estuve enfermo!». Miren lo que pasó: «Y se regocijó con ellos Ezequías, y les mostró la casa de su tesoro, plata y oro, especias, ungüentos preciosos, toda su casa de armas, y todo lo que se hallaba en sus tesoros; no hubo cosa en su casa y en todos sus dominios, que Ezequías no les mostrase». Ezequías dijo: «¡Guau, qué linda visita, verdad! Gracias por preocuparse por mí; les voy a

mostrar todos nuestros tesoros, todas nuestras confidencias, ¿verdad?, y cosas que nadie ha visto se las voy a mostrar a estos buenos hombres».

Versículo 3: «Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías, y le dijo: ¿Qué dicen estos hombres, y de dónde han venido a ti? Y Ezequías respondió: De tierra muy lejana han venido a mí, de Babilonia. Dijo entonces: ¿Qué han visto en tu casa? Y dijo Ezequías: Todo lo que hay en mi casa han visto, y ninguna cosa hay en mis tesoros que no les haya mostrado. Entonces dijo Isaías a Ezequías: Oye palabra de Jehová de los ejércitos: He aquí vienen días en que será llevado a Babilonia todo lo que hay en tu casa, y lo que tus padres han atesorado hasta hoy; ninguna cosa quedará, dice Jehová. Y de tus hijos que saldrán de ti, y que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia».

Hasta ahí. ¿Qué pasó, hermanos? Vinieron estos buenos hombres de Babilonia y Ezequías les mostró absolutamente todo, ¿verdad? E Isaías les dijo: «Lo que acabas de hacer es que ellos tarde o temprano van a venir y van a llevarlos cautivos a ustedes». Se cumplió, ¿verdad?, muchos años después. Pero ¿por qué vinieron estos hombres de Babilonia al rey Ezequías? Ahora sí: Segunda de Crónicas 32, versículo 31 dice: «Mas en lo referente a los mensajeros de los príncipes de Babilonia, que enviaron a él para saber del prodigio que había acontecido en el país, Dios lo dejó, para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón».

¿Qué pasó? ¿Se acuerdan de aquella gran señal? Retrocedió el sol, ¿verdad?, la sombra retrocedió. Todos lo supieron, hasta la gente en Babilonia, y dijeron: «¿Aquí pasó algo?». Si Ezequías no hubiera pedido esta gran señal, no hubiera pasado esto. Pero a causa de esto, los babilonios vinieron y dijeron: «Vamos con el rey Ezequías a ver qué está pasando». No solo eso: el rey Ezequías les mostró absolutamente todo. ¿Por qué? Porque Dios dijo que lo iba a probar y porque Él iba a dar a conocer todo lo que estaba en su corazón. El Señor siempre sabía que Ezequías tenía todavía ese orgullo. Amén. El Señor a lo mejor dijo: «Con esta enfermedad él se va a humillar absolutamente de todo», pero el rey Ezequías, como nosotros, ¿verdad?, no lo hizo así; todavía siguió creciendo más orgullo y más orgullo, a tal punto que ahora todo el pueblo está destinado a ser esclavo de Babilonia tarde o temprano, sus hijos. Amén. ¡Qué tremendo, verdad!

Ahora miremos... Isaías 39:7 otra vez. Leamos 39:7, dice: «Y de tus hijos que saldrán de ti, y que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia. Y dijo Ezequías a Isaías...» —o sea, esta fue la respuesta de Ezequías, amén— «...La palabra de Jehová que has hablado es buena. Y añadió: A lo menos, haya paz y seguridad en mis días». Amén.

Vamos a Segunda de Crónicas para ampliar esto y vamos a leer Segunda de Crónicas 32, versículo 24, porque esto nos da como el panorama general. Fíjense lo que dice: «En aquel tiempo Ezequías enfermó de muerte, y oró a Jehová, quien le respondió, y le dio una señal. Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enaltecó su corazón, y vino la ira contra él, y contra Judá y Jerusalén». ¿Ven que lo que pasó fue que el

Señor lo sanó, el Señor le mostró su bondad, pero todavía se enaltecíó Ezequías, verdad? Había este orgullo dentro de su corazón. Amén.

Versículo 26: «Pero Ezequías, después de haberse enaltecido su corazón, se humilló, él y los moradores de Jerusalén; y no vino sobre ellos la ira de Jehová en los días de Ezequías». Amén. Esta vez, hermanos, Ezequías terminó bien. Porque al ver que lo que había hecho había provocado tal acontecimiento de lo de Babilonia, amén, y que tarde o temprano iba a terminar mal, Ezequías esta vez dijo: «No, yo ya sé qué debo hacer; el Señor ya ha intentado, amén, una y otra vez conmigo: me voy a humillar». Por eso en Isaías vemos que Ezequías dijo: «La palabra de Jehová es buena; Él es bueno». ¿Qué hizo Ezequías en esta ocasión?: santificarlo.

Y lo que le acaban de decir no es fácil, hermanos. O sea, le acaban de decir que todo su pueblo, sus hijos, iban a ser tomados cautivos por esta situación. El Ezequías de antes hubiera dicho: «Esto es lo peor, ¿verdad? Me voy a ir a componer otra canción triste, ¿verdad?, y voy a llorar otra vez como una grulla, como una golondrina». No, pero vemos un cambio en él, ¿o no? Ezequías, en vez de deprimirse, por así decirlo, por la situación, dice: «Dios es bueno y esto es bueno; o sea, el Señor lo va a obrar para bien». ¿Ven esa obra del Señor? En esta situación el Señor sabía exactamente qué necesitaba Ezequías para producir esta humildad en su corazón. Amén.

A lo mejor nosotros necesitamos una situación totalmente diferente, obviamente, hermanos. Pero ¿cuántas veces el Señor nos ha intentado una y otra y otra vez? Y bueno, en una de las veces nosotros clamamos al Señor y decimos: «Señor, ayúdame»; el Señor nos ayuda, pero nosotros seguimos igual. Otra vez el Señor dice: «Bueno, aquí te voy a poner en una situación donde te debes humillar; humíllate para que esta cosa, este orgullo, esta raíz, se acabe en ti». Y en vez de eso nosotros decimos: «Señor, ayúdame, ¿verdad?». El Señor nos ayuda y nosotros seguimos igual, igual, igual. Amén.

Pero si nosotros nos humillamos y decimos: «Señor, esta vez no te voy a pedir que cambies la situación; esta vez no voy a pedirte que tú me sanes o tú me libertes o tú transformes, porque he entendido que lo que yo necesito, o la situación que necesito que tú resuelvas en mi vida, no es la de afuera: es la de aquí adentro. Si tú me resuelves lo que aquí está dentro de mi corazón, este orgullo, no importa lo que venga allá afuera, ya no va a ser tanto el problema, porque por dentro yo ya tengo el gozo, amén, yo ya tengo la actitud correcta para humillarme, para bendecirte, para atravesar cualquier cosa que se ponga en mi vida».

Hermanos, esto de Babilonia iba a venir al pueblo de Israel tarde o temprano. Esto no fue porque solo fue culpa de Ezequías; esto tarde o temprano, si ustedes leen después, eran los justos juicios del Señor sobre el pueblo de Israel: tarde o temprano iba a venir. Pero Ezequías ya no estaba preocupado por estas cosas. El Señor no solo lo sanó, sino que le dio paz durante esos quince años más que él vivió. ¿Se recuerdan?

Y hay una situación bien interesante con estos quince años. Si ustedes leen después, ¿quién fue el hijo del rey Ezequías? Fue el rey Manasés. El rey Manasés fue uno de los peores; ustedes leen las cosas que él hizo y fueron cosas que dan miedo, ¿verdad? Pero si leen bien, el rey Manasés empezó a reinar a los doce años; era un niño, ¿verdad? Bueno, en la cultura judía a los trece ya eran considerados hombres, ¿verdad?, o son considerados hombres, pero el rey Manasés empezó a reinar a los doce años. Hermanos, Ezequías pudo nunca haber tenido a Manasés, porque él iba a morir antes. El Señor le dio esos quince años más y en esos quince años de bonus, por así decirlo, tuvo a Manasés. Y no solo tuvo a Manasés, sino que el rey Ezequías le tuvo que haber enseñado a Manasés a humillarse, a buscar al Señor, amén, para que cuando él tuviera doce y le tocara tomar el reinado, él supiera bien quién era su padre y el ejemplo que había dejado.

Por eso dice en el salmo que escribió Ezequías, a ver, versículo 19: «El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos». O sea: «Mientras yo viva, yo voy a dar notoria tu verdad; lo que yo he experimentado, lo que yo he vivido, lo voy a pasar a mis generaciones». El rey Ezequías vivió lo suficiente para tener a Manasés y para enseñarle. El rey Manasés fue el peor, ¿verdad?, porque sabemos que no por tener un buen papá uno va a ser un buen hijo. Pero ustedes se dan cuenta de que Manasés terminó hasta el suelo: él fue llevado cautivo, ¿verdad? ¿Recuerdan que le pusieron un anillo, lo agarraron de la nariz, le atravesaron la nariz, se lo llevaron y se lo llevaron como si fuera un animal cautivo? Pero estando en el peor estado, Manasés se humilló. Imagínense ese ejemplo de decir: «Okay, ¿qué hice en mi vida? Hice lo malo delante de los ojos del Señor, hice lo malo, me rebelé contra Él, la idolatría y los asesinatos y toda la sangre que derramó Manasés; pero en el peor de los estados, Manasés sabía: pero yo me recuerdo de lo que me enseñó mi padre: a humillarse. Y si tan solo me humillo, si solo me humillo ahorita, yo sé que el Señor me va a ayudar». Hermanos, Manasés se humilló y el Señor lo exaltó, lo libró. Amén.

Ustedes pueden leer su historia después, pero ven que en esos quince años el rey Ezequías pudo dar un buen ejemplo por haber tomado la buena decisión, al final de cuentas, de decir: «Señor, tú me diste la oportunidad; perdí la primera oportunidad, tú me diste una segunda oportunidad, perdí la segunda oportunidad, pero ahora puedo verme, ¿verdad?». Como Job, ¿se recuerdan?: «De oídas te había oído». ¿Y cuántas veces no el Señor le dio una oportunidad a Job? Pero Job dijo: «Mas ahora mis ojos te ven». Ahora es una experiencia, amén; ahora es algo que nadie me está diciendo, que alguien más me lo está contando a mí, sino que yo lo estoy viviendo, amén, de poder humillarme y de buscar al Señor. Y ahora es tan vivo que yo lo estoy compartiendo a los demás, a mis hijos. Amén, amén. Gracias al Señor.

Y luego ven que el rey Ezequías muere, y vamos a terminar con la historia del rey Ezequías porque el capítulo 40, que va a ser la próxima semana, ya no está hablando de Ezequías. Pero el rey Ezequías, ustedes ven que murió a los cincuenta y cuatro años; murió joven también. Dice que a él lo sepultaron en el lugar más prominente de los hijos de David. Imagínense: todos los hijos de David, y el único que llegó, por así decirlo, en el lugar más arriba fue Ezequías por las decisiones que tomó, por haber terminado bien. Amén. Por amor

a Ezequías el Señor también se dio a conocer a sus hijos, pues libró a Manasés, ¿verdad? Pero imagínense este buen ejemplo que nos da el rey Ezequías, amén, de humillarse; no de ser una vida perfecta, pero de tomar la decisión correcta cuando el Señor nos da la oportunidad. Mientras estamos en vida tenemos una oportunidad, pero, hermanos, la advertencia viene de él mismo: que cuando venga la muerte ya no hay oportunidades. Un día, o por la muerte o por el rapto, se van a acabar las oportunidades, se van.

Y ustedes saben, hermanos, el dolor, ¿verdad?, ¿qué es? Estamos hablando del dolor: el dolor es lo único que tenemos nosotros para crecer. Allá arriba ya no hay dolor, ni lágrimas, ni muerte, ni enfermedad, ni situaciones de problemas; o sea, ya no hay oportunidad de crecer, ya no hay oportunidad de acumular más riqueza espiritual. Por eso allá arriba imagínense el llorar y el crujir de dientes por no haber llegado aún más sabiendo que hay más. Pero, hermanos, ¡cuántas oportunidades tenemos hoy que estamos respirando, que estamos vivos, también para aprovecharlas no solo para nosotros, sino para nuestros hijos tarde o temprano! Amén. Si ustedes aún no los tienen, pero vemos el ejemplo del rey Ezequías. Amén.

Algo interesante para terminar que les quería comentar: ¿se recuerdan que Isaías le hizo una masa de higos, verdad?, y hablamos de la sinceridad. Y me parece algo tan increíble que Isaías le profetiza al rey Ezequías y le dice: «De tus hijos los van a tomar eunucos y los van a llevar esclavos a Babilonia». ¿Se recuerdan quiénes fueron tomados eunucos luego, cientos de años después?: Daniel y sus amigos. Amén. Y a mí me parece algo tan increíble porque Daniel y sus amigos son ejemplos de gente sincera, de gente que dice: «Señor, a mí no me importa, yo no estoy aferrado a esta vida». Le dijeron al mismo rey de Babilonia: «Si nos metes al horno de fuego, Dios nos va a librar; y si morimos, Dios nos va a librar». ¿Ven que ellos ya no están aferrados a la vida como lo hacía Ezequías? Y Dios les llama a estos jóvenes que fueron tomados en esta dispensación «los buenos higos»; dice al pueblo de Israel: «Hay malos higos, pero los buenos higos los voy a reservar porque ellos son el remanente». ¿Se recuerdan que Dios le había prometido a través de Isaías a Ezequías: «Va a haber un remanente de tu pueblo; van a ser cautivos, pero va a haber un remanente que va a bendecir al Señor»? Vas a dejar un legado, por así decirlo; si tú haces la elección correcta, va a haber gente que te siga, amén, años después: jóvenes dispuestos a dar su vida, ya no están aferrados a qué les pueda pasar o qué no les pueda pasar con tal de agradar al Señor. Amén. Los buenos higos dando fruto, amén, por amor al Señor. Amén.

¿Por qué no nos damos un aplauso al Señor? Amén. ¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Padre Santo!

Así que, hermanos, la lección es, pues, del rey Ezequías. ¿Cuántos no solo el buen ejemplo que nos dio, pero cuántos principios podemos sacar de su vida? Amén. Pero, hermanos, no nos vayamos de este lugar o no apaguemos la transmisión sin tener esto en mente: seguimos vivos, ustedes siguen aquí; en otras palabras, tienen todavía la oportunidad de crecer, de tomar la oportunidad. Amén. El tiempo aceptable es ahora para bendecir al Señor, para dejar de quejarnos. ¿No quieren dejar de vivir como han vivido en quejas, en lamentos? Yo creo

que tenemos la oportunidad para cambiar eso y decir: «Señor, hasta aquí. No sé cuántos años me quedan, Señor, pero te voy a bendecir, te voy a santificar y voy a ser un ejemplo para los que me ven aquí o que me van a ver después, de bendecirte, de santificarte». Amén, amén.

Oremos. Pongámonos en pie. Amén, amén, amén. Gracias, Jesús.

Bendito Señor, gracias. Bendito Jesús, por tu Palabra. Gracias, Señor, porque hemos podido vernos a nosotros mismos, Señor. Gracias por la vida del rey Ezequías, que podemos aprender tanto, Señor. Gracias, bendito Dios, porque tu Palabra es la luz, Señor, que nos ilumina para saber cómo conducirnos, para saber cómo comportarnos. Bendito Dios, gracias por tu Palabra, porque tu Palabra es como una lámpara a nuestros pies, Señor. Gracias, Jesús, porque solo tu lámpara de la verdad nos puede iluminar en aquellas cosas, Señor, que no podemos ver por nosotros mismos. Señor, tú conoces nuestro corazón, tú ves, Señor, más profundo. Señor, tu Palabra dice, Señor, que tu verdad es como una espada de dos filos que penetra hasta el alma, que discierne entre los pensamientos, las intenciones. Señor bendito Dios, con tu Palabra, Señor, penetra hasta nuestra alma. Señor, si tú ves alguna raíz de amargura, si estamos caminando en el camino incorrecto, Señor, muéstranoslo, Señor, ayúdanos.

Bendito Dios, tú lo ves; tú ves, Señor, nuestro corazón. Tal vez nosotros no hemos sido sinceros delante de ti, bendito Dios, pero queremos serlo, Señor. Si tú quieres, Señor, revelar lo que está en nuestra voluntad, que así sea; pero nos humillamos, decidimos humillarnos delante de ti, Señor, para bendecirte, Señor, para alabarte, para agradecerte. No importa, Señor, la clase de situación que estemos viviendo, la clase de circunstancia que nos está rodeando hoy, Señor: no es lo importante. Lo importante es de que mientras vivamos, Señor, de nuestra boca saldrá alabanza, saldrá gratitud, Señor, mientras vivamos.

Bendito Jesús, encuentra en nosotros frutos de arrepentimiento, frutos de gratitud, frutos de sinceridad; frutos, Señor, de dependencia, de entrega a ti, bendito Jesús; frutos de fe, de bondad, de gozo, de amor. Señor, ven a tu huerto, Señor, al huerto de nuestro corazón, Señor, y encuentra los buenos frutos, Señor. Y si hay algo que no está dando buen fruto, Señor, córtalo de raíz, Señor, sácalo de nuestro corazón, Señor, porque queremos ser un huerto, Señor, que te dé placer a ti, que de nuestro corazón, Señor, tú encuentres frutos que te alimenten. Señor, es el huerto que tú plantaste.

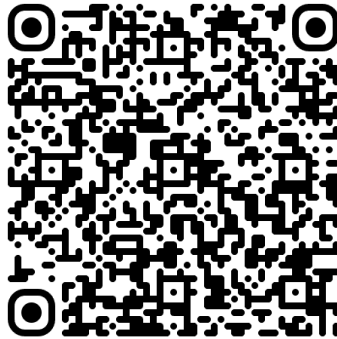
Bendito Jesús, ayúdanos, Señor, ayúdanos, bendito Dios, Señor, a vernos, Señor, a hacer pasos firmes, a hacer elecciones, Señor, por ti, bendito Dios. Que nuestra vida sea una epístola, Señor, una carta, Señor, de alguien que vivió, bendito Dios, no perfecto, pero vivió aferrado a tus pies, vivió humillado a tus pies, Señor; vivió, Señor, aprovechando cualquier oportunidad, bendito Jesús, llevando todos los pecados al mar del olvido para conocerte más. Bendito Dios, alguien que experimentó tu nombre, tu naturaleza, Señor; alguien débil donde tú te pudiste fortalecer aún más. Señor, perfecciona tu poder en nuestra debilidad. Bendito Dios, te lo rogamos, te lo pedimos, bendito Dios.

Gracias, Señor, gracias por tu Palabra. Te bendecimos, te santificamos: tú eres justo, tú eres bueno, tú eres, Señor, tú eres santo. Amén.

Practiquémoslo, hermanos, santifiquemos al Señor, no importa la situación: tú eres santo, tú eres santo, tú eres justo, Señor. Te alabamos porque buenas son tus obras, justos son tus juicios, Señor. Grandes y maravillosas son tus misericordias, Señor; tú eres sabio, tú eres grande, bendito Dios; tú todo lo conoces, tú todo lo puedes. Te amamos, te amamos y te agradecemos, Señor, por cómo son las cosas. Te damos gracias, Señor, por el estudio de hoy, gracias por tu Palabra, bendito Dios. Sigue abriéndola a nuestros corazones, Señor, y bendícenos en tu nombre, Señor. En el nombre de Jesús te damos gracias. Amén, amén, amén.

Den un aplauso al Señor. ¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Padre Santo! Amén, amén. Dios los bendiga.

Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!



IGLESIA CRISTIANA
Vida Cristiana
GUATEMALA